

La fe

Con motivo de la celerbación de los 500 años de la Reforma protestante, se viene hablando de las 5 “solas” que caracterizaron dicho movimiento: *sola fe, sola gracia, sola Escritura, solo Cristo y solo a Dios la gloria*. En este artículo le daremos la mirada a uno de esos elementos, tal vez –junto con la gracia– el más difícil de captar en toda su dimensión. Para eso, hablaremos del *misterio* de la fe y es probable que por esa razón –la de abordarla desde el misterio–, podamos terminar más confundidos de lo que empezamos... y aunque eso podría verse como una aceptación adelantada de fracaso, en realidad no lo es, ya que sí aspiro a que al final estemos todos más afirmados, y más arraigados en nuestra fe aunque la entendamos menos de lo que creíamos entenderla... pero vamos por partes.

¿Qué es la fe?

La definición de Hebreos 11:1 es un buen punto de partida: *Es, pues, la fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*. A primera vista, pareciera una definición puramente intelectual, cognitiva, de la mente, pero no parece ser así del todo. Tanto algunas investigaciones hechas en años recientes como la propia experiencia personal nos dirán que nuestras certezas y convicciones tienen un componente intelectual, por supuesto, pero también tienen otros muchos ingredientes. Lo que creemos, nuestra manera de pensar, nuestras presuposiciones y prejuicios, es decir, todo aquello que afirmamos como verdad o como mentira, tiene que ver también con nuestras experiencias previas, el ambiente familiar, con lo que se nos enseñó de pequeños... por ejemplo, si en nuesytas iglesias se les pretgunta a la gente a bocajarro cuál es el quinto mandamiento, la gran mayoría responde lo primero que se les enseñó (independientemente de que sea verdad o no) y dicen “no matarás”, aunque lleven 30 años sin practicar aquella religión cuyo catecismo dice eso, mientras que la Biblia, esa que dicen atesorar como la palabra de Dios, dice algo totalmente diferente. Vemos pues que lo que se nos enseñó y lo que vivimos en la infancia y juventud marca mucho nuestras convicciones y certezas... qué es un hombre, cómo se debe comportar una mujer, el valor del matrimonio, de una familia, la necesidad de educarse, la higiene, la puntualidad, la honestidad. En realidad, a medida que pasa la vida nos vamos llenando de razones para creer lo que creemos, pero muchas veces primero creemos algo y después buscamos por qué.

Se puede decir, entonces, que la fe tiene un lado cerebral, relacionado al pensamiento, que se articula en proposiciones, como una especie de rompecabezas que vamos armando ahí adentro poco a poco a lo largo de la vida como creyentes: Dios existe, Dios es bueno, Dios ha hablado, él es el creador del universo, la Biblia es su palabra revelada, Jesús es el Hijo de Dios encarnado y Dios mismo... todas esas son ideas que van conformando lo que llamamos “nuestra fe”, y que tiene una faceta muy personal y, única y otra compartida, objetiva, que también podríamos llamar “nuestro cuerpo de doctrina”: un conjunto de afirmaciones entretejidas que se unen para darnos una idea que podemos aceptar o rechazar y que si la aceptamos nos va dando un patrón de pensamiento y conducta. Si creemos todas esas cosas que acabo de mencionar, y le sumamos que debemos ser santos porque Dios es santo, que él quiere ser adorado y exaltado, que es un Dios celoso, que no admite a nadie a su lado, que nos dice que si le amamos guardaremos sus mandamientos... y así sucesivamente se va conformando quiénes somos y en qué creemos. En una iglesi alocal o en una denominación, eso lo compartimos, eso se puede establecer en documentos, se resume en catecismos, se afirma en confesiones de fe, eso se lo enseñamos a los hijos y eso pasa de una generación a otra por los siglos, de manera que podemos decir que compartimos la fe con nuestros hermanos de la antigüedad: *un Señor, una fe, un bautismo, un Dios...* (Ef 4:1-6)

Muy bien; esa es una acepción del término “fe”; como una cara de una moneda. La otra cara de la medalla o de la moneda, es más difícil de atrapar mentalmente, porque habla de la fe como ese “algo”, ese movimiento del corazón, del alma, del espíritu que nos lleva a creer sin ver, sin entender, sin siquiera estar seguros de lo que estamos hablando. Hasta en el habla popular, en lo que no tiene nada que ver con Dios se usa ese concepto. Por ejemplo, un hincha sufrido le dice a su amigo “yo tengo fe de que nuestro equipo va a clasificar” y el amigo le entiende de lo que habla y por eso no pregunta por qué tiene esa fe... puede que la comparta, o que le refute, pero sabe que su amigo hincha no tiene argumentos, no tiene razones... solo tiene “fe” y porque tiene fe, “sabe” que su equipo ganará. Si le preguntan por qué, dirá que simplemente lo sabe, o que lo siente en los huesos o quién sabe dónde... porque los humanos somos así. Tenemos esa capacidad y esa necesidad de enfocar nuestra “fe” en algo, pero desde una dimensión que tiene de todo menos de racional. Hay quienes la ponen en sí mismos... *yo no necesito a nadie; yo me he hecho solo...* hay quienes la ponen en un partido político, o en un caudillo, o en una ideología y están convencidos de que si ese partido, esa persona o alguien que representa esa ideología suben al gobierno, todo se va arreglar. Por mucho que las evidencias de todo tipo demuestren lo contrario, nadie podrá convencerlos de su error. Hoy en día muchísima gente vive de la fe en la ciencia o en la tecnología y tienen fe de que algún científico en alguna parte inventará una forma de limpiar el planeta, de volver a la vida especies extinguidas, de conseguir energía que no se acaba ni contamina o de que alguien encontrará una cura contra el cáncer o un alimento milagroso que acabará con el hambre en el mundo y hay quienes hasta se hacen congelar al morir, porque tienen fe de que alguien algún día encontrará la manera de traerlos a la vida nuevamente. Sin razones, sin argumentos, simplemente creen lo que creen y lo creen a rajatabla, con pasión. Hay quienes defienden las presuposiciones del ateísmo con tanta o más pasión y celo fundamentalista que un talibán, sin necesariamente saber ni entender de lo que hablan y fundamentan toda su posición en supuestos que nadie puede corroborar, en probabilidades estadísticas imposibles y en cuentos tan rebuscados, que me hacen pensar en que se necesita más fe para creer en todas esas cosas que para creer en un Dios creador. Basta con leer las ridículas posibles explicaciones del origen de “aquello” que explotó en el Big Bang para darle inicio al universo, o cómo se manejan las improbabilidades acerca del origen de la vida... pero aun así se deleitan burlándose de *nuestra* fe.

Desde lo religioso hay quienes creen que la vida se recicla en vueltas interminables de resurrección; otros creen que si establecen un gobierno regido por sus libros sagrados y le cortan la cabeza a todo el que no se acomode, estarán glorificando a su dios... y así podemos pasar días poniendo más ejemplos. Como podemos ver, el ser humano, sea como sea, no puede dejar de ejercitar su fe. Sin ayuda divina, la pondrá donde sea, en lo que sea, en lo que le digan, en lo que le acomode, en lo que le convenga.

Por el contrario nosotros, como cristianos, creemos que Dios nos ha dado la capacidad de creer en la verdad, pero eso solo funciona para nosotros... en otras palabras: nuestra fe solo tiene sentido para nosotros (*Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios 1 Co 1:18*). Los cristianos creemos que Dios ha decidido encaminar nuestra fe natural hacia la verdad; la verdad de Cristo, la verdad de su Palabra revelada, la verdad del único Dios verdadero... y esa es la fe que nos lleva a la salvación... y eso nos lleva a la siguiente pregunta:

¿Para qué sirve la fe?

Bueno; entonces Dios nos levantó el velo que nos impedía ver, se nos cruzó en la vida y nos encaminó a la verdad... ¿cómo funciona eso? La lista de héroes de la fe, el salón de la fama de la fe del capítulo

11 de Hebreos, es sencillamente fascinante... si nos ponemos a mirar detenidamente las menciones de qué fue lo que la fe hizo en cada caso, nos daremos cuenta de que la cosa no es tan sencilla como uno creería y nos presenta una dimensión de la fe (¡otra!) que hasta aquí no había aparecido en nuestra discusión.

- Por la fe... nosotros (hoy) entendemos que todo salió de la nada, por la Palabra de Dios.
- Por la fe... Abel ofreció... alcanzó testimonio de que era justo... y todavía habla por ella (por la fe). La fe lo llevó a hacer lo que hizo y por lo que hizo (por fe), su vida todavía nos habla, nos enseña, nos exhorta.
- Por la fe... Enoc agradó a Dios y no murió
- Por la fe... Noé creyó lo que parecía un absoluto disparate, construyó el arca y se salvó.
- Por la fe... Abraham obedeció y habitó como extranjero en la tierra que Dios le prometería a su pueblo después
- Por la fe... Sara concibió a semejante edad... pero detengámonos un momento: ¿de qué fe estamos hablando? Al escuchar la promesa, ella se rió, no creyó...
- Por la fe Abraham ofreció a su hijo a pesar de que en él habitaba la promesa... confió más en el Dios de la promesa que en la promesa misma
- El verso 20 es enigmático... Por la fe... Isaac bendijo a Jacob y a Esaú... ¿No fue pues por un engaño que se dio esto? Aquí, como en el caso de Sara, la fe empieza a ponerse muy misteriosa ya que parece actuar por fuera y a pesar de las ideas o deseos de algunos personajes por lo menos.
- Por la fe... Jacob bendijo a los hijos de José
- Por la fe... Moisés fue escondido por sus padres... ¿Por qué era eso fe... en qué o quién la estaban poniendo?
- Por la fe... Moisés rehusó los deleites del palacio y se unió a los sufrimientos de su pueblo... y por la fe dejó Egipto...¿Pero no fue que tuvo que salir corriendo porque mató a un Egipcio?... y dice el autor de Hebreos que él tuvo como mejor los vituperios de Cristo... ¿Cómo así, miles de años antes del nacimiento de Jesús?... y ojo que él solo conoció de Dios mucho después, ya que frente a la zarza ardiente hasta tuvo que preguntarle cómo se llamaba ese Dios que le hacía semejante encargo...

Y así sucesivamente... lo que vemos no es solo el ejercicio de una capacidad de creer de algunos personajes, sino un actuar de la providencia de Dios en la vida de esas personas, a través de esas vidas, moviéndolos a actuar de una manera, a pensar de una manera, a sentir de una manera, de forma tal que ellos se suman, se montan a los planes de Dios para ellos, para sus familias, para su pueblo y para todas las naciones de la tierra. Siglos más tarde, por la fe miles de hombres y mujeres saldrían de sus países a tierras extrañas, ya sea involuntariamente huyendo de hambre o de persecución, o con el fin expreso de llevar el evangelio a quienes no lo conocían, sabiendo el riesgo que corrían, enfrentándose a lo que fuera. Podemos estar agradecidos de que eso sucedió, pero nunca sabremos las motivaciones de cada uno de ellos.

Lo que vemos es que la fe que viene de Dios se mete en la venas, en los corazones, en las neuronas de su pueblo y nos mueve, nos dirige, nos motiva... eso está en concordancia con lo que Pablo nos dice en Filipenses 2:12-14: es Dios quien produce en nosotros *tanto el querer como el hacer...* ¿y cómo logra eso?... él pone en nosotros la fe.... tanto la que manejamos conscientemente, en la cabeza, como cuerpo

de doctrina, como la que simplemente se ha convertido en parte de nosotros y de cómo somos.

¿De dónde viene esa fe?

Romanos 10:17 nos dice que *la fe viene por el oír, y el oír por la Palabra de Dios*. Escuchando una predicación, se edifica nuestra fe. Levantándonos cada día a buscar a Dios en su Palabra, se edifica nuestra fe... escuchen las palabras del Shemá... (Dt 6:4-9): es como si nos dijera *Oye estas palabras, escríbelas, repítelas, haz que ellas se conviertan en ti y que tú te conviertas en ellas, ponlas por obra, obedécelas, son vida para ti, son vida para los que te rodean, son vida para este mundo*. La Palabra de Dios en tus huesos, en tu sangre, en tu corazón, en tus miembros se convierte en tu fe... se convierte en ti. Así como nos metemos en la boca un pedazo de carne, pollo, pescado, arepas, pan, agua y muchas cosas más, y lo que el cuerpo asimila se convierte en nuestros huesos, nuestra piel, nuestra sangre... o sea que lo que comemos se convierte en *nosotros*... de la misma manera la Palabra de Dios entra en nuestro sistema y se va convirtiendo en nosotros, en nuestra fe, en lo que pensamos, en lo que sentimos, en lo que nos mueve... por eso por él vivimos y somos y nos movemos... (Hch 17:28).

¿Qué hace en nosotros la fe?

Miremos por un momento el salmo 19:7-10, como otro texto que nos ilumina esta idea de cómo su palabra actúa en nosotros... por la fe.

7 La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma;
El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.

8 Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón;
El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos.

9 El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre;
Los juicios de Jehová son verdad, todos justos.

La ley de Jehová, la Palabra de Jehová, sus mandamientos, sus preceptos, los dichos de su boca... todo eso es la palabra de Dios. Esa Palabra de Dios es descrita como perfecta, fiel, recta, pura, limpia, verdadera y justa... eso es Dios, así es él y así es su palabra. Pues bien, ¿qué hace ella en la vida de una persona?

- Convierte el alma
- Hace sabio al sencillo
- Alegra el corazón
- Alumbra los ojos
- Permanece para siempre

¿No es esa una descripción del derrotero de la vida del cristiano? Dios viene a nosotros, nos da el regalo de la fe para que podamos ver en Jesús al Cristo, el Hijo del Dios viviente, lo cual no te lo revela ni carne ni sangre sino el Espíritu de Dios... entonces:

- Por la fe... frente a él como el Mesías caemos rendidos en arrepentimiento y clamamos por salvación... y se convierte el alma.
- Por la fe... el tonto, el necio, el sencillo que yo era cuando no tenía a Dios como Padre ni al Hijo como Salvador ni al Espíritu como Consolador, por la recepción del testimonio de Jehová, al

comerlo, se va haciendo parte de mí y voy adquiriendo sabiduría... voy creciendo en el conocimiento de la fe y voy creciendo en el ejercicio de la fe.

- Por la fe... se alegra el corazón. En el fondo del corazón de todo ser humano, hay hambre de Dios. Hay quienes lo buscan en la adoración de dioses falsos. Otros, en el poder, en los placeres, en el dinero, en la fama... y, al igual que el autor de Eclesiastés, se dan cuenta algún día de que todo eso cansa, agobia y termina siendo algo vacío, vanidad de vanidades porque no da respuestas eternas y trascendentes. ¿Recuerdan al joven rico? A pesar de sus riquezas, su poder, su posición social, su moralidad y rectitud, no puede evitar preguntar qué debe hacer para alcanzar la vida eterna... y pregunta porque sabe que no la tiene... pero no tiene fe y no se dispone a pagar el precio de seguir a Jesús... y por ende se quedó sin vida eterna. Una sola cosa le faltaba... fe... la fe necesaria para creerle a Jesús y hacer lo que él le indicaba... y por eso se fue triste y Jesús se quedó mirándolo, igualmente triste. Cuando los discípulos llegan felices de que los espíritus se les sujetaban y que habían hecho portentos ¿recuerdan lo que Jesús les dijo?... no se alegren por eso... alégrese de que sus nombres están escritos en el libro de la vida. Por el contrario, el profeta Habacuc dice que puede que no tenga ni con qué comer (aunque la higuera no florezca ni en las vides haya fruto ni vacas en los corrales, etc.)... con todo, yo me gozaré en el Dios de mi salvación (Habacuc 3:17-18). Vemos pues que el testimonio de Jehová alegra el corazón porque nos salva de la condenación, nos asegura la vida eterna a su lado, donde solo habrá esa perfección, esa limpieza, esa pureza, esa luz que tanto anhela el alma humana y que solo puede venir de él. Cristo y solo Cristo es la razón de nuestro gozo porque él es nuestra salvación y porque en él nada ni nadie nos podrá separar del amor de Dios.
- Alumbra los ojos: así como un día él dijo “hágase la luz” en la creación, de la misma manera un día él hizo que cayeran las vendas de nuestros ojos para ver al resucitado... a quien solo podemos ver con los ojos de la fe, que es la convicción de lo que no se ve. Soy hijo de Dios; soy salvo; soy acepto delante de mi Padre por virtud de Jesucristo... he sido lleno del Espíritu Santo, he sido limpiado, y glorificado... pero nada de eso puedo verlo con mis ojos naturales. El hombre que veo en el espejo sigue siendo de carne y hueso, débil, carnal, pecador, imperfecto, más lleno de vicios que de virtudes, incapaz de ofrecer a sus semejantes, aun los más cercanos, nada más que un amor egoísta, un amor de pacotilla... pero por la fe, con los ojos alumbrados por el precepto de Jehová, veo a un hombre que puede acercarse con confianza al trono de la gracia de día o de noche, y clamar a su Padre celestial en las buenas y en las malas, sabiendo que él me responderá de la mejor manera, así esa no sea como yo quiero o espero... pero es por fe.
- Por último, esa lista cierra con la afirmación de que su palabra permanece para siempre. Cielos y tierra pasarán, mas su Palabra no pasará. Las promesas de Dios son para siempre; su misericordia es eterna. El decreto de amor y bondad declarado sobre mí es inamovible y no hay poder en el universo que me separe de él... y no es por mis obras, porque son pocas y débiles, ni es por mi perfección, porque no existe... es por la fe que vino de él para acercarme a él y pegarme de él... por la sola fe.

La voz de Dios, a la cual solo se accede por fe, convierte mi alma, me hace sabio para vivir, alegra mi corazón con la seguridad de mi salvación, alumbró mis ojos para ver lo que Dios me da para ver y permanece en mí para siempre... y ese regalo nos lo presenta Dios en la persona de Jesucristo y no tenemos que hacer nada sino recibir, creer, clamar, pedir... ¿no son esas buenas noticias? Ese es el evangelio.

¿Entienden mejor la fe ahora? Yo no creo que la entiendo más (¡todo lo contrario!), pero sí sé que la valoro más, la amo más, la agradezco más y me asomo a sus bordes como quien se asoma al borde de un cañón inmenso y se queda asombrado y embobado por un paisaje hermoso, sobrecogedor, imposible de ser absorbido de una sola vez... eso tiene que ser ingerido de a sorbitos, poco a poco... pero sé que tengo toda una vida aquí y toda una eternidad después para deleitarme en el crecimiento y afianzamiento y afirmación de mi fe, para gozo de mi alma y para gloria de Dios.

Octubre 2017